

Acaricia los árboles

Matias Blanc



Image not found.

Capítulo 1

ACARICIA LOS ÁRBOLES

Observó muy despacio la palma de su mano y las líneas que lo hacían único, y comprendió que en cada una de ellas habitaban los innumerables destinos que ya para siempre se habían perdido. Miró su mano de manera impersonal, así como se contempla y se descubre la desconocida violencia de un amigo en el momento de pelear, y se preguntó en cuál de esos minúsculos caminos estaría su vida. Entonces, como tantas otras veces, su boca rompió a llorar: "¿Cómo llegué hasta aquí?".

Afuera, detrás de la severa puerta de hierro, otro mundo existía. "Otro mundo más; otro mundo ajeno"- pensó. Los murmullos y los pasos que a veces escuchaba eran su mísera compañía. También lo era el hedor que día a día se incrustaba en su piel, como un estigma inmundo que ya por siempre lo acosaría.

Adentro en cambio todo era lo mismo: la soledad, la tenue luz, las tétricas paredes indolentes, las plegarias, la desesperación, y el silencio. Pensaba en su madre, en sus hermanos, en sus amigos, en sus perros. Dónde y cuándo los había abandonado. Qué fue lo que interrumpió la inocencia de su río. "Todos, a pesar de todo merecemos el cielo"- imaginaba, intentando resucitar la esperanza. Pero Dios no lo escuchaba. Dios era tan sólo una de las tantas palabras que estaban grabadas en los muros. Entonces fue cuando resolvió matarse. Pero desistió. Porque no podía ni tenía con qué. A veces los hombres cometen tantos errores que pierden su derecho a morir.

Pero lo peor era el silencio. Era respirar y estar muerto. Recordó haber leído alguna vez que Dios es amigo del silencio, pero eso no era un consuelo, porque a pesar de que El perdona se sigue vivo, sufriendo en la incertidumbre o en la certeza, que al fin y al cabo son los mismo.

Pensaba en sus amigos y en la vida de los otros. Qué estarían haciendo en ese momento. De seguro trabajando, o amando, o hablando, o recordando. Todos somos iguales. El infierno no son los otros; el infierno somos nosotros: por esa razón, por ese egoísmo preferimos pensar que nuestra tortura son los demás.

Ya las mañanas o las noches no tenían importancia, porque el tiempo no existía. Eso le enseñó el solitario sabor de la inmortalidad. Hubiera sido feliz si tan sólo hubiera podido hablar con alguien, de cualquier cosa, o si

simplemente pudiera escuchar. Pero no lo conseguía. Sólo lo mantenía vivo el sueño y su olvido; no la comida o el agua.

En las noches soñaba con su pasado y reía o hablaba con su padre, o tomaba mate en la costa, y pensaba que tenía que arreglar su bicicleta, o hacía enojar a su madre para luego divertirse con ella, o bebía cerveza con sus amigos o barría la vereda. Eso lo hacía feliz, porque así había sido su vida. Porque así es la vida de todos hasta que deja de serlo.

Pero una de esas noches se interrumpió el triste hechizo que lo consolaba, y tuvo por primera vez una pesadilla, y conoció y aspiró el aliento del terror. Se despertó violentamente y buscó en la oscuridad el velador para encender la luz. Tan sobresaltado se despertó que creyó haber volteado el vaso con agua que estaba sobre la mesita. Entonces ya con los ojos abiertos pero un tanto dormido sintió el repugnante olor de su realidad, y supo que aún despierto no podría deshacerse de la pesadilla, porque alrededor suyo estaban las paredes de siempre, y la puerta, y el plato de arroz con la cuchara, en el rincón.

